

Testimonios urbanos de antaño



Doña Nina: La valentía de una mujer

Evangelina Araya Vega, doña Nina, como le decían todos los que la conocieron, era una mujer excepcional. Desde los 7 años quedó huérfana de madre, y su padre, quien dijo no poder hacerse cargo de ella ni de su hermano, los regaló; fueron separados y puestos en un hogar sustituto. Doña Evangelina –como muchas otras mujeres quienes son como nuestras heroínas–, aunque ya no está entre nosotros, aún la recuerdo y vive conmigo, pues siempre la tengo muy presente. Con su entusiasmo nos contagió; realmente, no podía yo entender cómo una mujer con tantas carencias, viviendo en un lugar tan humilde, fuera tan feliz y tuviera ese espíritu de ayudar a todo aquel quien llegará a tocarle la puerta.

Con dolor de panza

¡Ay! Mamá, la güila siguió enferma, no mejora nada, ya estoy cansada de estarla llevando a la Unidad Sanitaria y nada.

¡Bueno, muchacha!, llévala a doña Nina, a ver si ella puede.

Si ahorita se la llevo.

Caminar largas distancias para llevarle a doña *Nina* el paciente era común. Inmediatamente, ella se iba para el cerco¹ y traía algunas plantas de su colección: apazote, diente de león, camaleón, hombre grande, en fin, toda una gama de mejunjes que, al final, aliviaban y hasta curaban el mal.

Doña Nina, aquí le traigo la güila, está con dolor de estómago y se retuerce muy feo, ya la llevé a la Unidad Sanitaria, pero lo que le dan no sirve.

¡Entre pa' ver que tiene!

Doña Nina, ¿amarró el perro?

Ya no tengo, se murió la semana pasada, cruzó la calle y una vagoneta se lo llevó en banda; cómo me dolió esa perrilla, porque le echaba unas carreras al

**Sandra
Navarro**

Sección
Extensión Cultural,
Vicerrectoría de Acción Social
de la Universidad de Costa Rica.
sandra.navarro@ucr.ac.cr

polaco. Yo le decía "Pachuca", "Muscala" y la perrilla talonera se le guindaba del ruedo del pantalón al viejo y "patitas pa'que te quiero", salía aventado.

¡Jah, Jah! Qué doña Nina más mala, pobre polaco. Yo me lo imagino corriendo, con esa maleta tan pesada.

Muchacha, viejo necio, yo le digo que pase los sábados, que es cuando Nando (su hijo) traé la plata de la paga, pero él insiste en pasar cualquier día.

Pasan el portón y se estacionan en el escaño², cruzan la puerta vieja de madera; entran a la sala; hay unos sillones viejos, dejando entrever que algún día fueron rojos; una pequeña ventana nos da un poco de luz para visualizar las fotos de la abuela y sus hijas. Polilla por doquier, un bombillo cuelga de una instalación eléctrica casi inservible, algún periódico adorna tratando de tapar las hendiduras que la vieja construcción deja ver. La cocina, un lugar muy especial, pues doña *Nina* siempre estaba cerca del fogón, un moledero de madera y una máquina de moler maíz eran sus viejas compañeras. En una pequeña mesa, un cuadro gigantesco con una imagen de la Santísima Trinidad que le había vendido el polaco y que, a puros empujones, iba pagando, con una velita encendida y mucho fervor en el corazón y fe para seguir viviendo.

Entran al cuarto, un lugar lleno de recuerdos, en donde se podían todavía oír las voces de sus hijos, peleándose por dormir con su madre; piso de tierra, un camón viejo sostenido con ladrillos por patas, tendida una colcha verde, que el polaco le había dejado. Una ventana y un espejo donde, día a día, se veía, y con mucha alegría ponía un poco de color a su arrugada carita. Una sonrisa franca, escasa de dentadura; un radio encendido con lo mejor de la música, sin duda alguna, una mujer muy alegre.

Oiga, ¡creo que esta chiquilla tiene lombrices! –dice certeramente mientras le tocaba la panza–, está muy pálida y tiene un sonido muy feo. Cuando duerme, ¿mueve los ojos?

Sí, doña Nina, y rechina los dientes.

Pues déjeme ver que le doy; estese usted con ella, yo ya vengo.

Con movimientos lentos, se mueve hacia su jardín medicinal, saca de ahí una serie de raíces y elabora el mejunje que le dará a la niña.

Listo, –viene nuevamente al cuarto, donde está la niña que llora incansablemente–, échese en el chupón para que se lo tome y dele medio chupón en la noche y medio en la mañana, durante tres días.

A los cuatro días aparece la mujer muy agradecida porque la chiquilla dejó de llorar y comenzó a botar las lombrices.

Doña Nina, aquí le traigo chayotes, tacacos y un poco de maíz para que eche tortillas. Gracias, doña Nina, porque la güila está de lo más bien.

Parece un cuento más de las historias contadas por muchos pero, en realidad, en este país hay muchas personas como doña *Niña*, quienes dejaron marcado su nombre en el barrio.

Conforme yo crecía, más me iba interesando por la vida de un personaje que, aunque nunca había estado en televisión o en los periódicos, había dejado en mí muchas enseñanzas.

Curandera y partera

Su hija, Elieth Robles Araya, contaba cómo su mamá, más joven, corría cada vez que la llamaban porque la fulana iba a dar a luz. Había gente de todas partes y recorría grandes distancias, a la hora que fuera, pues la vida no podía esperar.

Un día, a las once de la noche, mamá tuvo que atender un parto, allá por la finca Lagambrinos, ubicada en Andes de Coronado. Un señor vino a buscarla en un caballo, mi hermana Teresa y yo estábamos pequeñas; ella nunca nos dejaba solas con los hermanos mayores, era muy recatada, así que, nos dijo: –chiquillas busquen la chaqueta, pónganse los zapatos y vamos. Cuando llegamos nos dijo: –estense aquí afuera en el escaño, y me avisan cuando viene el avión que va a traer al güila, –y uno era muy obediente– y nos quedábamos afuera. Ella le decía al señor, usted vaya y hierva mucha agua, me alcanza unos trapos limpios y viene para que me ayude. El hombre más que pálido hacia lo que ella le pedía. Al rato de estar ahí, uno oía al chiquillo dando gritos, y mi mamá salía del cuarto.

Le decía el señor: –Nina, no querés un traguillo para que agarrés energía otra vez.

Pues sí, ¿qué es, contrabando?

Sí, y del bueno, yo mismo lo saco.

Y mi mamá se tomaba el traguillo, y nos decía: –agarren chiquillas, y nos daba una gallina y un racimo de plátano recién cortado. Ese era el pago por traer al chiquillo a este mundo.

Aclaraba, y teníamos que venirnos a pie, –corran chichillas, que ya casi amanece y dicen que por aquí asustan–; y salíamos nosotras espantadas, atrás de ella.

¿Cuántos niños trajo al mundo doña Nina?

Pues no podría decir cuántos, pero fueron muchos; era famosa, todo el mundo le pedía consejo, y tenía un buen corazón; aunque vivía en escasez, siempre tenía para darle a otros.

Cuenta doña Elieth:

–Cuando niños vivíamos en el barrio de los “Lotes Arias”, un barrio marginal, donde había mucha necesidad, mucha pobreza, no había ni para comer, pero ella siempre estaba optimista, nos decía: “al mal tiempo, buena cara”. Mi mamá era supersticiosa como todos los viejos de antes, siempre estaba jugando lotería a ver qué día le caía la suerte a ella; nunca se vistió de negro porque decía que era llamar la muerte; le gustaba el rojo porque decía que representaba el amor, usaba medallas para ahuyentar los malos espíritus.

Era fiel creyente de la Santísima Trinidad, y de todos los santos habidos y por haber. Decía que el doctor Moreno Cañas, cuando uno le pide con fe, él te cura.

Mi abuela cuando iba a traer el diario los sábados, a veces me decía, vamos *Sanyo* –como solía llamarme– a traer el diario, decile a Maritza. Y mi prima y yo la acompañábamos; en ese entonces, la pulpería tenía de todo: era verdulería, pulpería y cantina. Íbamos a la pulpería de León –como le decía la gente–; mi abuela entraba y conversaba con el dueño y le daba la escasa lista de comida y, una vez de acuerdo, él le decía, doña *Nina*, no quiere un traguillo para que tome fuerza cuando se lleve el diario, ella le contestaba: –pues sí, dame algo–. Mariza y yo estábamos esperando que saliera del lado de la cantina, sin embargo, nos asomábamos por debajo de la mampara para verle los pies. Salía y nos traía en la mano un *gallo* de salchichón para cada una; nos compraba una Fanta de naranja que, en ese entonces, tomarse un refresco de esos era como tener mucha plata; claro, era un refresco para las dos. Ella salía con los cachetes colorados de ahí, cogía el saco y se lo ponía en el hombro, y nosotras íbamos de tras de ella comiendo y peleándonos el último sorbo de Fanta.

Me contaban mis tíos que, algunas noches, se reunían algunos vecinos varones, quienes venían a compartir con las hijas de doña *Nina* un baile y un jarro de aguadulce con un pedazo de arepa, hecha con harina y pedazos de dulce, pues no había azúcar. Mis tíos tocaban guitarra y mandolina y doña *Nina* preparaba el agua dulce en el fogón. Arrancaban el baile con una polca y mi abuela corría de un lado para el otro con uno de sus posibles yernos, bailando al son de la música. Cuentan ellos que, a veces, se paraba de frente a ellos pero pegada al fogón y el delantal se empezaba a quemar y los muchachos, muertos de la risa, decían, vean a doña *Niña* está en llamas. Todos sus delantales estaban llenos de huecos, de quemadura del fogón, sin consecuencias, gracias a Dios.

Podría escribir un libro con la cantidad de historias de mi abuela, una mujer que muy joven quedó sola con sus 8 hijos; luchadora, emprendedora, amante de la vida, y quien sembró y cosechó entre muchos. Una mujer de decisiones firmes quien sacó adelante a todos sus hijos,

Realmente espero que, con este relato, usted recuerde a su mamá o a su abuela, a esas mujeres heroínas en nuestras vidas quienes trajeron gran sabiduría y que nos llenan de recuerdos, los cuales añoramos volver a oír de sus bocas. Aquellos que aún las tienen, sepan valorar a estas personas y denles el lugar que se merecen.

Gente humilde pero muy valiosa, gracias a Dios que pude conocer a doña *Nina* y escuchar de ella un poco de su vida.

Te extraño abuela querida, siempre vivirás en mi corazón.

Notas

- 1 Espacio en el patio trasero donde tenía sembradas las plantas medicinales.
- 2 Especie de taburete que sirve para sentarse.